

# Pakistán: De un Dios menor

Via [Europe Solidaire Sans Frontières](#)

BALUCHISTAN sangra de nuevo. Otro episodio de brutalidad espantosa contra los Hazaras, nada menos que los mineros del carbón, ha dado lugar a otro movimiento de protesta. Ayer fue la muerte de una hija de Baluchistán de la tierra en costas extranjeras, mañana será un hombre pashtún cayendo presa de los talibanes o de sus creadores.

Khurram Husain nos recordó ayer que los hazaras han sido brutalmente golpeados muchas veces antes, con el actual primer ministro imitando a los líderes electos a los que llamó en 2013 por no mostrar respeto a los muertos y a los que los lloran haciendo un viaje a Quetta.

Por supuesto, hubo otra acción de los Hazaras en 2018 que sólo se canceló cuando el jefe del ejército fue personalmente a los manifestantes y les aseguró que se castigaría a los funcionarios responsables, se identificaría a sus asesinos y se garantizaría su seguridad futura.

A decir verdad, aunque el Primer Ministro Imran Khan finalmente se rinda y se reúna con los manifestantes, él no toma las decisiones. El establecimiento y sus ideólogos ya han marcado el tono en las secuelas del ataque Mach con el lema estándar sobre el «enemigo» que fomenta el «terrorismo» en nuestras costas, y el hecho de que la «soberanía» de Pakistán nunca se verá comprometida.

¿A quién le importa que estos eslóganes sean como echar sal en las heridas de los Hazaras y las otras naciones étnicas de Baluchistán, la mayoría de las cuales ya se han desangrado? Cuando el Estado «soberano» no pide sacrificios en sangre, toma el cobre de Saindak, el oro de Reko Diq, el litoral de Gwadar, el gas de Sui, el carbón e innumerables minerales más, sin mencionar las tierras vírgenes para las bonanzas

inmobiliarias.

La resistencia de los baluches a todo esto siempre les ha hecho «sospechosos», los pashtunes un poco más arriba en la escala oficial de lealtad. El estado de ánimo de los que están en las calles de Quetta esta vez sugiere una profunda conciencia entre los Hazaras también de que no son más que ciudadanos de nombre.

Los desafortunados mineros fueron indudablemente atacados en base a su fe chiíta y asesinados con el pretexto de ser hijos de un Dios menor. Pero los manifestantes con pancartas saben que su sufrimiento ha sido usado en el pasado para dar mandato a la fuerza militar indiscriminada. Hay una creciente sensación de que los Hazaras ahora se perciben a sí mismos en el mismo barco que los pueblos 'Sunni' Baloch y Pakhtun que de otra manera podrían ser culpados.

¿Qué hay de los «conspiradores» que operan desde Afganistán e India, presumiblemente responsables de estos ataques? No es ciencia de cohetes que haya muchos musulmanes en ambos países; los hazaras han sido regularmente masacrados en Afganistán por los mismos talibanes que nuestro estado defiende como «aliados».

Lo que nuestras potencias denominan «intereses estratégicos» tiene poco que ver con lo que podría llamarse genuinamente el interés público, y especialmente con los segmentos del público pakistaní que han sido dejados atrás económicamente, o suprimidos deliberadamente.

Los Hazaras son peones en un juego sangriento que también instrumentaliza brutalmente poblaciones Baloch y Pashtun. Salga de Baluchistán y el sectarismo es avivado una y otra vez en Gilgit-Baltistán también, especialmente cuando las masas chiítas, suníes e ismaelitas se unen para exigir que dejen de ser tratados como sujetos coloniales. No hay que olvidar la agencia Kurram, donde dos décadas de la llamada «guerra contra

el terrorismo» no ha generado la paz para la mayoría de los chiítas o la minoría de los inocentes suníes por igual.

Incluso donde las maquinaciones del establishment no son tan prominentes, se pueden encontrar hijos de un Dios menor. En el corazón de Punjab, tanto los cristianos como los musulmanes de casta baja, los niños mendigos en las calles, los trabajadores con salario diario y los habitantes «katchi abadi» se consideran escasamente humanos.

A través de lo que se nos mete en la cabeza como «líneas enemigas» en Afganistán y la India, se encuentran innumerables campos de exterminio. En los primeros, las explosiones de bombas casi diarias pueden acabar con la vida de tayikos y uzbekos (muchos de ellos chiítas) así como de pashtunes (en su mayoría suníes).

Mientras tanto, en la India de Modi, un lugar especial en el infierno está reservado no solo a los musulmanes, pero también a los dalits, tribus, naciones étnicas como los asameses y nagas, por no hablar de los cientos de millones de trabajadores de todas las religiones, etnias y castas, son ciertamente hijos de un Dios menor.

Pero olvidemos otros países y gobernantes. Volvamos a la tierra de los puros. El actual Primer Ministro puede ciertamente demostrar cierta urgencia yendo a Quetta, como los líderes de la oposición se han visto obligados a hacer después de considerables persuasiones.

Pero el hecho mismo de que el partido gobernante y el PDM hayan tardado en reaccionar sugiere que no tienen respuesta a la pregunta: ¿quiénes son los «namaloom afraad» (personas anónimas) que siguen causando estragos contra los hazaras, sus hermanos étnicos en Baluchistán y tantos otros en esta tierra tan sufrida?

No queda ninguna voluntad de convertir a estos brutales sujetos en ciudadanos iguales. El plan es mantenerlos en su

lugar, divididos y gobernados.